

Creación literaria

Almoraima. Revista de Estudios Campogibaltareños. Volumen 56

El Tango¹

Emilia Luna Martín

El recuerdo de Graciela no me ha abandonado ni un solo día después de tantos años. Cuando ella desapareció, no le conté a nadie lo sucedido. Me lo reservé exclusivamente para mí, para mi disfrute. Pero con el paso de los años, necesité contarle a mis amigos, cuando llegaron, a mis hijos, y hoy, son mis nietos los destinatarios de la historia.

Con el tiempo, el recuerdo fue adquiriendo vida propia. Fue excavando un profundo surco en mi memoria por el que discurría a placer como un arroyo, tejiendo una suerte de afluentes formado por todos esos detalles que, a fuerza de contar la historia, fueron configurando su cauce.

A mediados de los años sesenta, Buenos Aires era un hervidero en todos los aspectos. Los ecos de la Guerra de Vietnam llegaban muy atenuados, el Rock argentino resurgía con fuerza y todo aquel que se preciara leía a Mafalda. El golpe de estado del sesenta y seis coincidió con el final de mis estudios de Bellas Artes. Mis currículos dormían en los archivos de todos los colegios de la ciudad, por lo que decidí continuar dibujando para no perder la mano ni las esperanzas.

La primera vez que la vi, llamó mi atención su aspecto desvalido, de marioneta antigua. Posándose, más que caminando, sobre el suelo empedrado del cementerio. Sorteando con sus viejos zapatos de tacón los charcos de una lluvia reciente. A pesar de un cielo amenazante y de un viento que iba a más, ella vestía de violeta de los pies a la cabeza. Su cuerpo se balanceaba como una ramita de lavanda sobre unas piernas

delgadas, enfundadas en unas medias de red rotas por los talones. Andaba lentamente, con un bolsito de terciopelo y pasamanería en una mano mientras que con la otra hacía esfuerzos sobrehumanos para que su sombrerito de raso violeta no saliese volando.

Yo sabía que era la hora del mate cuando ella aparecía por la puerta del cementerio. En aquel entonces, andaba yo haciendo bocetos de imágenes religiosas de una iglesia a otra de Buenos Aires. Hasta que, tras la visita a la Basílica del Pilar, aterricé en un banco de piedra del cementerio de La Recoleta, dando la espalda, tras disculparme por ello en silencio y a diario, a la tumba de Guillermo Brown, marino y héroe nacional. Desde allí disponía de un ángulo privilegiado para dibujar la figura del cristo crucificado que presidía el paseo principal. A partir de él, salían ocho calles como las ocho puntas de una estrella de piedra entre las que se distribuían las tumbas de las personas más relevantes de la ciudad.

Graciela venía siempre a la hora del mate, o era yo el que lo tomaba cuando intuía sus pasos, no lo sé muy bien. Pasaba por delante de mí, trastabillando sobre unos adoquines castigados por el tiempo y por el peso de los carros que llevaban féretros de maderas nobles y bronces pesados, como lo exigía el prestigio de sus destinatarios.

Pasaron varias semanas hasta que terminé los bocetos de los grupos escultóricos que rodeaban al cristo, por lo que me decidí a

¹ Este cuento ha recibido el primer premio de los certámenes La Canyada d'Art, 2009 y Ciudad Real, 2009. Asimismo, el segundo premio en el certamen de relato corto Torre Vieja Ars Creatio, 2009.

cambiar de banco. Al principio me pareció un poco morboso disfrutar tanto con algo tan sensual como el dibujo, rodeado como estaba de féretros, flores de tela ajadas, banderas descoloridas y enseñas militares maltratadas por el tiempo y el olvido.

Una de aquellas mañanas en que Graciela se santiguó ante el cristo y continuó su camino junto a la tumba del político Domingo Sarmiento, decidí seguirla. Caminé despacio, dejando atrás el monumento a Basualdo Borrego, aminorando aún más el paso a medida que se acercaba a la esquina. Giró a la izquierda y vi cómo se detenía ante un mausoleo de mármol negro y de diseño modernista. Me acerqué con cuidado temiendo que me descubriera, pero mis temores desaparecieron con rapidez: Graciela solo tenía ojos para la tumba. La puerta era de cristal y una enorme cruz de metal plateado la atravesaba. Una placa dorada, que la vergüenza me impidió leer y que representaba una pareja bailando un tango, atrajo mi mirada.

Una lágrima tras otra iba emborronando de lápiz de ojos el ajado perfil de la mujer, mientras el carmín escapaba de los límites de su boca, creando pequeños ríos de sangre sobre las arrugas del labio superior. Me avergonzó estar contemplando cómo Graciela desnudaba su alma ante la tumba sin percibir mi presencia. Creí adivinar, en esos momentos en los que su llanto atravesó el tenebroso espacio que nos separaba, cómo se sentiría un violador arrepentido. La mujer me miró de pronto, y fue entonces cuando todo el dolor que su corazón había paseado durante esas semanas ante mis ojos, comenzó a tomar forma, a adquirir peso y volumen.

— *¡Pibe! ¿Nos conocemos?*

Encogió sus ojos para verme mejor y me pareció que las arrugas que enmarcaban en forma de estrella su mirada eran tan profundas que podrían enterrarse cientos de desgracias en ellas y aún quedaría espacio para más.

Le conteste que no. Que no nos conocíamos. Que me dedicaba a dibujar figuras funerarias mientras esperaba encontrar un trabajo. Le enseñé mis bocetos y me callé incitándola a hablar. Me explicó que hacía semanas que venía a visitar a un amigo que había fallecido

recientemente: su compañero de baile durante más de cuarenta años. Pronunciaba estas palabras con la falta de emoción de quién ha contado cientos de veces lo mismo. Cuando ella se fue, leí la placa dorada que presidía la tumba: “A Rubirosso Vidal, el rey del tango porteño”.

Un día, Graciela apareció con una bolsa de plástico en una mano y un pequeño radiocasete en la otra. Me pidió con mucho tacto que vigilase el extremo de la callejuela. Me aposté obediente donde ella me indicó y observé detenidamente cómo cambiaba sus zapatos violetas por unos negros de tacón alto. Pulsó el botón del radiocasete y la voz de Carlos Gardel inundó la callecita mientras ella se transformaba en la bailarina que fue. A pesar del tiempo que ha pasado, aún me parece verla bailar en mis sueños: Graciela elevando la pierna, empujando el pasado con el empuje de sus pies, abrazando con sus dedos nudosos el final de la vida; elevando el mentón mientras dirige la mirada a un cielo blanco, incierto. En uno de los giros cae su sombrero y con él, su peluca. La cabeza de la bailarina, bola gris y blanca, sigue girando, mientras clava su mirada suplicante en mí. Sus brazos abanicaban con sus colgajos un aire de muertos. La música acaba y, mientras recoge sus cosas, incapaz de mirarla a la cara, elevo mis ojos húmedos al cielo tropezando en el camino con el grupo escultórico que corona el mausoleo negro: dos ángeles de la muerte arrebatando el alma de un infante a su madre, cuya mirada de dolor, a pesar de la distancia de la materia, atraviesa mi alma. Miro de nuevo a Graciela, que se coloca teatralmente frente a la puerta del mausoleo y hace una reverencia tan profunda que pienso que no podrá levantarse sin ayuda. Se cambia de zapatos y, tras dedicarme una sonrisa triste y antes de irse me dice:

— *Pibe, ahora sí que nos conocemos, ¿verdad?*

Los días pasaban y a mis deseos de dibujar se sumaba ahora el interés que los encuentros con Graciela provocaban en mí. Cada mañana a las doce, tapaba el termo de agua y guardaba el mate. A esa hora, y siempre de violeta, Graciela entraba arrastrando cada vez más sus pasos por el empedrado del cementerio. Al llegar al cristo, se santiguaba y me miraba de soslayo. Me situaba

detrás de ella y la seguía hasta que se detenía ante el mausoleo de mármol negro. A veces sacaba una bolsa con empanadas o tortas. Una vez trajo dos copas arañadas y una botella de vino tinto de Malbec, todo un lujo para un desempleado como yo. Apenas hablábamos, no hacía falta. El tango lo hacía por nosotros.

— *No hay palabras más bellas ni que puedan explicar mejor la pasión, que las palabras que viven en los tangos.*

Frases como esta, pronunciadas en un silencio de piedra, era lo que hacía que las mañanas con Graciela no tuvieran precio para mí.

Habían pasado dos semanas cuando, de repente, un día Graciela no apareció, ni al día siguiente tampoco. Yo estaba terminando mis bocetos en el cementerio. Al tercer día estuve a punto de desistir, pero, era tanta mi curiosidad, que diez minutos antes de la hora del mate ya estaba yo apostado en mi banco esperándola.

A las doce en punto, un féretro de madera oscura atravesaba la reja del cementerio, dando pequeños saltos sobre las traviesas del carro que lo transportaba. Lo seguía una comitiva muy especial formada por cuatro caballeros maduros perfectamente enchaquetados de negro y cuatro mujeres también mayores y vestidas del mismo color, con marabúes rojos volando en torno a sus cuarteados cuellos y maquilladas hasta la exageración. El espectáculo era realmente chocante y, para completar la escena, música de tango rancio al compás de sus pasos. El grupo desfiló delante de mí dejándome maravillado y mudo de asombro. No reaccioné hasta que la comitiva tomó la curva a la altura de la madre doliente. Sentí el pinchazo de la curiosidad y salté del banco, alcanzando a verla justo en el momento en que se paraba frente al mausoleo de mármol negro. Fui acercándome a ellos sin reparo. En ese momento, los caballeros tomaban sobre sus hombros el féretro mientras una de las mujeres abría la puerta de cristal. Introdujeron en silencio la caja de madera brillante y, cuando salió el último enchaquetado, se colocó, al igual que los demás, al lado de una de las señoras, como palomos buscando pareja.

“Caminito” de Juan de Dios Filiberto llenó de vida un aire que olía a muerto. Las cuatro

parejas comenzaron a bailar con la naturalidad de quienes se han dedicado a ello toda su vida, convirtiendo el suelo de piedra del cementerio en el escenario de una tanguería. Reconocí a Zozobrito Luján, la estrella de “El viejo almacén” de la calle Balcarce de hacía treinta años, en una de las señoras que marcaban círculos en el aire con sus piernas. Era como si el tango las hubiese devuelto a aquellas noches de tragos y facturas en el barrio de San Telmo.

Cuando la música terminó, hicieron la reverencia ante el mausoleo y, acto seguido, las señoras sacaron del bolso unas prendas de color violeta acompañadas de unos zapatos de tacón del mismo color y los depositaron con cuidado y con cara compungida en el interior del mausoleo.

Asistí inmóvil a la representación, deseando en mi interior adquirir el color y el tacto de la piedra, deseando fundirme con su fría superficie para pasar desapercibido. En un principio creí haberlo conseguido: el grupo pasó delante de mí sin mirarme. Solo al final, Zozobrito Luján se volvió para preguntarme con un deje de tango en sus palabras:

— *Pibe, ¿conocías a Graciela?*

Asentí y ella no se extrañó. Habló de la discreción natural de su compañera.

— *¡Fíjate que llevaba cuarenta años bailando con él —señaló con la cabeza la tumba de mármol negro— y nadie sabía que eran amantes! Hasta hace dos meses no nos enteramos de que ella se moría a chorros por la leucemia. Pensábamos que el mal color se debía a la pena por Rubiroso, pero no. No obstante, la vimos mejorar sin motivo aparente hace unas semanas. Arreglaba con rapidez la comida y la casa a pesar de los dolores porque, según decía, tenía que estar en el cementerio a las doce. La veíamos acarrear bolsas con empanadas, vino y tortas, pero nunca supimos qué hacía con la comida en el cementerio. Y ya, nos moriremos sin saberlo. ¿Y tú, pibe? ¿Sabes qué hacía Graciela con esa comida en un lugar donde solo hay muertos?*

Miré al cielo y en ese momento creí ver cómo la madre doliente de piedra por fin entregaba, sin poner resistencia, el alma de su hijo a los ángeles, mientras se despedía de él con la mano.

—No sé —contesté—. *A lo mejor solo vino a presentar sus respetos al mundo de los muertos, al que ya casi pertenecía, y a despedirse del mundo de los vivos como mejor sabía hacerlo: bailando un tango.*

—¡Un tango! ¡Bah! Estos pibes de ahora... ¡que sabrás tú de tangos!

Zozobrito Luján se alejó en busca de la comitiva trastabillando torpemente por entre los adoquines, dejando en el aire un perfume intenso a rosas viejas que, aún hoy, con todo mi prestigio como el mejor dibujante porteño, parece perseguirme cuando yo también trastabillo torpemente por entre los adoquines del cementerio de La Recoleta.



Carácter retroactivo

Stewart Mundini

El tiempo se detiene, así, de súbito,
y todo pareciera suceder
aquí y ahora, sin espacio para
el terco devenir inquebrantable.

Y lo peor, me temo, no es que todo
parezca ser un vómito insolente,
o un alud implacable que avasalla
con su puño de hielo gigantesco
los planes que teníamos trazados,
los huecos que al azar vamos cediendo,
lo que esperamos, en definitiva.

Lo peor, me parece, es que pensamos
que todo se ha parado, y de repente,
el tiempo detenido va y se pasa,
y pasa con carácter retroactivo.

Y hemos sido testigos silenciosos
de un lapso de vacío tan absurdo,
de un baño de tristeza desbordada,
que nada alivia y solo suma sombra
al latido ya oscuro de los huérfanos.

Y entonces, nos miramos al espejo
y vemos a la madre que yacía
inerte, como un sol, hasta ayer mismo,
y la reconocemos en las canas,
en los gestos incluso, en las arrugas;
y la tristeza, que (como si un dedo
cortase a las hormigas en su hilera,
dejándolas perdidas) nos mecía,
desaparece y solo queda un hilo
que une aquella escena indeseable
y el germen del que brotan estos versos.

Solo un ente

Stewart Mundini

El amor es un ente que está vivo
y empuja con su vida nuestras vidas,
que se hace en la cama y cuando escribo [y
cuando miro por ti sin que lo pidas].

El amor es un ente, y su albedrío
provoca en su vaivén besos y llantos,
y tedio y desazón y escalofríos,
y nos abre o nos cierra a cal y canto.

El amor es un ente que despierta
y si nos mantenemos bien alerta
nos mece hasta rendir en su corriente.

El amor es un ente y es la llave,
que guarda este secreto que ya sabes,
el amor, al final, es solo un ente.



La estratagema

Stewart Mundini

Quise poner el grito en el cielo,
cambiar el caos por lo más sencillo,
dejar este universo para ellos
sin más que agujeros en los bolsillos.

Quise decir lo que nunca se dijo,
andar a tientas sobre una cuchilla,
quemar algún libro, matar a un hijo,
reducir un árbol hasta sus astillas.

Y todo me salió a pedir de boca,
conté hasta veinte por comerme una,
salí del pozo, qué juego, la oca,
pero caí en la muerte, inoportuna.

Y otra vez, la aventura desde cero,
otra vez sortear balas y puentes,
otra vez ser un vil puedo y no quiero,
siguiéndole al destino la corriente.

Quise ponerme el dedo en la llaga,
quise tragarme al dios verdadero,
librarme de esta suerte que me amaga
sin el bolsillo lleno de agujeros.

Así que abandoné la estratagema,
eché raíces para así dar frutos,
me habló la muerte y le cambié de tema
por disputarle el último minuto.

El regalo

Carmen Sánchez Melgar

Sergio es un joven de dieciocho años con la tez morena y los cabellos negros. Tiene los ojos profundos, oscuros, pero sin llegar a ser carbones.

Su figura es más bien regordeta y su estatura ronda el metro setenta.

Su voz es pausada y de verbo fácil, pero hoy, al traspasar la puerta del salón de su casa, las palabras han huido de su boca cuando ha mirado los ojos de su padre, que, clavados en los suyos, le indicaban que abriera el regalo que había sobre la mesa.

Al percatarse de lo que la caja contenía, unas gotas frías brotaron de su frente y un hilo fino de sudor le bajó por la columna vertebral, empapando su ropa interior.

Se quedó abstraído, mientras por su cabeza se sucedían imágenes terroríficas.

—Hijo, ¿te encuentras bien? ¡Estás pálido como la blusa de tu madre!

—Sí, sí, sí —tartamudeó Sergio.

—No es más que un mareo, ya sabes lo malo que me pongo cuando viajo en autobús.

—¡Vaya, hombre! Y yo ilusionado con verte aparecer para darte tu regalo de cumpleaños, que ha tardado más de lo previsto debido a un contratiempo. Pero como no quiero que se retrase más, aquí tienes. ¡Abre la caja!

En ese preciso instante hace su aparición María, la madre de Sergio.

—¡Cielo, no la abras...! —le dice con un tono de voz apenas perceptible.

—¿Por qué no? —contesta el padre, que empieza a notar cómo las venas de su cuello se dilatan.

—¿Por qué no? ¿Es que quieres que sea como su hermano...? ¡La culpa es tuya, María, por mimarlos tanto...! ¡Has hecho de mis hijos unos... unos...! —no pudo terminar la frase. Pedro se desplomó en el suelo como un quintal de harina.

María gritaba.

—¡Pedro, Pedro...! ¡Por Dios, Sergio, llama a una ambulancia! ¡Cielo santo, qué disgustos me da este hombre...!

Mientras tanto, Sergio ha llamado al servicio de urgencias y le han contestado que salen inmediatamente para el domicilio indicado. Se deja caer en una silla que está cerca del teléfono, sintiendo que su cuerpo pesa una tonelada, y escuchando como lejano el griterío de su madre.

A cámara lenta, van sucediéndose las imágenes en su memoria de los juguetes prohibidos o no, según el criterio de su madre o de su padre y de las consecuencias que eso conllevaba.

Entre tanto, se oye la sirena y, unos minutos después, se llevan a Pedro al hospital y a María también, presa de un ataque de ansiedad.

En la soledad, Sergio, decide, al fin, abrir la caja, pero no antes de establecer cierto ritual: coge su disco favorito, lo encierra en el dispositivo y, cuando la música lo envuelve, se prepara un café bien cargado.

Coge su taza de color azul que un día le regalara su abuela Isabel, y pone en ella dos dedos de leche condensada.

Cuando ha bebido varios sorbos de café-bombón, desenvuelve lentamente la caja y, con sumo cuidado, saca el maletín que contiene una escopeta de caza.

La contempla de forma exhaustiva y la acaricia.

Cuando termina el café, carga dos cartuchos y, después de mirarla largo rato, se sienta, se coloca la culata encima de los pies y dirige el cañón a su barbilla.

Se oye un único disparo.

La música sigue sonando...

Las estaciones del tiempo

Carmen Sánchez Melgar, basado en la idea de Miguel Ángel Moncada Sánchez.

El reloj de mi casa es redondo, color cobre y la esfera blanca con las agujas y los números ribeteados de verde fluorescente que puede verse en la oscuridad de la noche como los ojos de los gatos. Su sonido tiene el compás del corazón: tic-tac-tic-tac... y parece que mece mi sueño en duermevela. Acompañada por ese sonido como de cascada de agua en un arroyo, me escapo por lugares imposibles donde vivo aventuras insospechadas y disfruto de vivencias vetadas en mi estado consciente. De este modo me traslado a las estaciones del tiempo regalado como he dado en llamar a esos mágicos lugares, teniendo en cuenta que si voy a pasar un tercio de mi vida durmiendo, todo lo que sueñe lo consideraré tiempo regalado.

En una de estas estaciones, conocí la gran revolución de unos individuos que, hartos ya de la manipulación de su gobierno, decidieron poner día y hora para destruir todo signo que los identificara: documentos de identidad, huellas dactilares, números de la seguridad social, matrículas de sus vehículos...

Empezaron las primeras detenciones en los controles de la guardia civil de tráfico y, en poco tiempo, las dependencias policiales quedaron colapsadas porque era imposible detener a todos los indocumentados. La gente comprendió, por fin, que la clave para cambiar el mundo reside en sus manos. Con ese poder llevado a cabo de modo solidario, se puede hacer frente a los tiranos que oprimen y a las multinacionales que manejan el dinero. Con unidad, amor y sentido común, podríamos construir un sistema mundial mejor. La herramienta es unir el pensamiento.

El despertar es aterrador. El resorte que hay en medio de las dos campanas del reloj enloquece aporreándolas y el sueño se rompe en mil pedazos que vuelan por dentro de mi cabeza. Mi alma sobresaltada vuelve a su envoltorio, que es mi carne, tan precipitadamente que hace que me maree un poco y necesite unos minutos para estabilizarme. En este instante empieza la mañana de mi tiempo de las horas vacías, ese que constituye mi día a día, el que marca las fechas del calendario y el que se me escapa como la arena entre los dedos.

Nocturnos

Carmen Sánchez Melgar

Las criaturas de la noche pululan con gesto nervioso por zonas oscuras. Entran en sus casas con las luces apagadas y buscan los escondrijos ocultos donde guardan sus misterios. Son seres herméticos y solamente abren su boca para mentir o decir frases incoherentes o superfluas. No se comunican si no es con gente como ellos, pero siempre con reservas y dobleces. Sus ojos no se dejan encontrar por otros, sino que los esquivan mirando al suelo o al infinito. El día les cansa y pasan durmiendo la mayor parte de este. El sol les roba la energía, pero la recobran durante la noche.

Estas criaturas, a menudo son protagonistas o se inventan historias al más puro estilo policíaco o de la España más negra y profunda. Por ese motivo, no me sorprendió el relato que un día me contara el tío Eduardo, en el que una joven que, después de haber pasado las penurias de la guerra y todas sus miserias, solamente sintiera motivo para seguir viviendo con la luz de la luna. Ella era uno de esos seres nocturnos. Sucedió que, por las noches, esta aparente muchacha normal durante el día, se convertía en un vengativo ser, que cometía toda clase de delitos: robos, matanzas de animales indefensos, ritos de brujería o profanación de tumbas. Fue esto último, lo que la condujo a la perdición, al reconocer, un buhonero, un medallón que ella llevaba colgado, como un objeto sagrado que hacía más de un año había

sido enterrado junto con el cuerpo inocente de una adolescente, víctima de unas extrañas fiebres, en un pueblo no muy lejano llamado Barranabe.

Según me contó el tío Eduardo, en ese pueblo se llevaba a cabo un rito de enterramiento muy antiguo, en el que, entre otras cosas, al finado se le ponía un colgante que se hacía especialmente para él el día de su fallecimiento, y consistía en un medallón forjado en hierro (este pueblo siempre fue famoso por sus herreros) con un símbolo distintivo de cada familia, y que nunca podía lucir, bajo ningún concepto, alguien que no fuese de esa estirpe. El símbolo estaba en la puerta de entrada de cada vivienda, y, cuando alguien de ella moría, lo reproducía el herrero y se lo colgaban al cuello del muerto. Ninguna persona viva podía llevarlo, según la tradición. Por eso despertó sospechas cuando el comerciante lo vio, semioculto, en el pecho de Lucía, que así es como se llamaba la joven del relato.

Después de investigarse y comprobarse los hechos, Lucía fue condenada a cadena perpetua, y cuentan que vivió muchos años en la oscuridad de una mazmorra.

Después de estudiar el comportamiento de los que yo llamo nocturnos, es posible llegar a la conclusión de que la luz no es más que un engorro para parecer monstruos a los ojos de la sociedad.